Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria

★

RECEPCION

del Académico de Número
Ing. Agr. Vicente C. Brunini

★

SESION PUBLICA
DEL 16 DE SEPTIEMBRE DE 1959

★

BUENOS AIRES
1959

ACADEMIA NACIONAL DE AGRONOMIA Y VETERINARIA

Buenos Aires — Arenales 1678.

●

MESA DIRECTIVA

Presidente ..... Ing. Agr. José María Bustillo.

Vicepresidente ..... Dr. Daniel Inchausti.

Secretario General ..... Dr. José Rafael Serres.

Secretario de Actas ..... Dr. Antonio Pires.

Tesorero ..... Ing. Agr. Saturnino Zemborain.

●

ACADEMICOS DE NUMERO

Dr. Anchorena, Joaquín S. de
Dr. Arena, Andrés R.
Ing. Agr. Aubone, Guillermo R.
Ing. Agr. Brunini, Vicente R.
Ing. Agr. Bustillo, José María.
Dr. Cabrera, Angel
Dr. Candioti, Agustín N.
Dr. Cárcano, Miguel Angel.
Ing. Agr. Casares, Miguel F.
Dr. Eckell, Osvaldo A.
Ing. Agr. Foulon, Luis A.
Dr. Inchausti, Daniel.
Dr. Newton, Oscar M.
Ing. Agr. Parodi, Lorenzo R.
Dr. Pires, Antonio.
Dr. Quiroga, Santiago S.
Dr. Rosenbusch, Francisco.
Dr. Schang, Pedro J.
Dr. Serres, José Rafael.
Dr. Solanet, Emilio.
Ing. Agr. Zemborain, Saturnino.

Discurso de Recepción

Por el Señor Academico de Número

Ing. Agr. SATURNINO ZEMBORAIN

●

Señor Presidente de la Academia;

Señores Académicos;

Señor Decano de la Facultad de Agronomía y Veterinaria;

Señor Presidente del Centro Argentino de Ingenieros Agrónomos;

Señoras; Señores;

Colegas:

Con este acto incorporamos a nuestra Institución como miembro de número para ocupar el sillón vacante por fallecimiento del ingeniero agrónomo Marchionatto, al Ing. Agr. Vicente C. Brunini.

Larga y eficaz la trayectoria del recipiendario en los quehaceres del agro.

Recién egresado de la Facultad de Agronomía y Veterinaria en 1922, es becado por el Ministerio de Agricultura para estudiar genética del trigo en Europa, especialmente en Italia, con el profesor Strampelli, luego ocupa el cargo de ayudante del profesor Backhouse y es jefe de Genética del mismo Ministerio.

Posteriormente formó parte de la Comisión Nacional del Trigo del Ministerio de Agricultura, y fué designado Comisionado ad-honorem para estudiar la situación del Mercado Europeo de Granos.

En 1956, el Ministerio de Comercio lo designó miembro de la Comisión Asesora Honoraria para el comercio de granos.

Como productor, desde 1928 se dedica especialmente a la fruticultura. Director de la Chacra Experimental de La Previsión en Tres Arroyos, trabaja con trigos y otros cereales y oleaginosos. Ha sido asesor técnico de la Asociación de Cooperativas Argentinas y de la de productores de frutas.

También ha integrado la comisión directiva del Centro Argentino de Ingenieros Agrónomos en varios períodos, habiendo colaborado durante mis presidencias.

Publica en colaboración, Genética del Trigo, La situación de los trigos argentinos en Europa. Variedades del trigo en el país y Relevamiento geográfico de la producción argentina de Granos, ambas escritas en colaboración. La calidad de la cosecha del trigo en 1943, y otros importantes trabajos en periódicos y revistas sobre temas agrícolas y de genética y fitotecnia.

No me he de extender en reseñar toda la obra técnica del ingeniero agrónomo Brunini; es amplia y de constante interés. Brunini no ha ocupado la cátedra, pero ha hecho cátedra en sus actividades y trabajos científicos.

Hace cinco días, el señor secretario de Agricultura lo puso en posesión del cargo de presidente de la Junta Nacional de Granos. El ingeniero agrónomo Brunini no desconoce los complejos problemas que habrá de considerar, pues ya con anterioridad (1956-1957) ocupara el mismo cargo, después de haber actuado de interventor en esa Junta.

Es un especializado en cereales, y lo prueban sus actividades y publicaciones. Felicito al señor secretario de Agricultura y Ganadería, Dr. Malaccorto, por tan acertada designación. Este cargo lo desempeñó en la iniciación de la Junta el malogrado colega Emilio A. Coni, académico también, trágicamente desaparecido en el desempeño de sus funciones. Funcionario probo y capaz, logró con su tenacidad y dedicación, llenar un vacío y marcar rumbos en nuestro negocio de granos.

Viene de lejos la preocupación de tipificar y clasificar los cereales y carnes; ya Sarmiento se ocupaba de eso y hacen años.

Esta es una de las funciones de la Junta, en lo que a granos se refiere, que vuelve a presidir el ingeniero agrónomo Brunini.

Pero es esencial convencer a los productores, que no son impermeables a recibir los consejos, y no lo han sido. Son ellos los que han facilitado la posibilidad actual de poder exportar nuestras carnes y cereales que tanta acogida tienen en los mercados consumidores.

Esta acción de orientación no puede ser por imposición, sino por convicción.

El hombre de campo, ganadero o agricultor, que lucha constantemente con las adversidades, tiene su personalidad, y a ésta no hay que herir.

Es efectivo y concreto, como dice el académico Casares, y sólo fía en lo que ve y comprueba personalmente. Nosotros los técnicos del agro debemos contemplar esta modalidad.

No somos depositarios de la verdad, ni debemos pretenderlo, pero tenemos la obligación de difundir nuestros conocimientos demostrando la bondad de los consejos para lograr éxito.

Nuestros productores necesitan de esto: consejos convincentes y amistosos.

En Baton Rouge, estado de Luisana, Estados Unidos, visito la Escuela Agrícola; muy interesante. En el restaurant vecino, un grupo de estudiantes conversan con funcionarios técnicos del departamento de Conservación de Suelos del Ministerio de Agricultura Nacional.

Estos les preguntan por un tal "farmer" (chacarero); los estudiantes manifiestan que no lo habían convencido y que era bueno lo visitaran. Invitación de los empleados para ir juntos, pero los estudiantes prefieren esperar al profesor; llega éste, y en conocimiento del caso, todos, profesor, empleados y estudiantes montan en los autos y visitan al farmer; a la hora, más o menos, vuelven y en amena charla se congratulan de haber hecho la visita, parece que los estudiantes fueron los que convencieron al farmer.

Necesitamos más Escuelas Agrícolas, del hogar agrícola, las existentes son pocas, la mayoría particulares, y es curioso, éstas se deben a donaciones de estancieros, y se autoabastecen.

Escuelas agrícolas en todos los ámbitos del país; no es lo mismo la zona del algodón a la del trigo. El joven debe conocer e interesarse en su ambiente, así se evitará su éxodo y se preparará al personal que ocupe el productor, y éste, con la colaboración de los técnicos, ha de ser elemento eficaz para los propósitos que perseguimos de recuperación rural.

Hay que seguir. "La constancia suple al talento", según Rousseau. Tenemos tierra suficiente, hay que habilitarla para que produzca; ésta es la obra oficial, y hay que querer ocuparla. Facilitemos su adquisición, si no es en un lugar, en otro. Debemos buscar la posibilidad de hacer propietarios, pero sin exacciones, respetando el derecho de propiedad consagrado en nuestra ley fundamental.

El crédito debe darse al capaz, al que lo necesite, controlado, sí, sin comprometer el desarrollo de sus actividades; las instituciones bancarias están preparadas para ello, y con asesoramiento y estímulo ha de lograrse el éxito.

Ingeniero agrónomo Brunini, tengo el honor e íntima satisfacción de daros la bienvenida a esta Honorable Academia, y que sea en este día de recordación y homenaje a todos aquellos esforzados paladines que con visión de Patria se jugaron hace cuatro años, derrocando a la tiranía para siempre jamás y restituyéndonos a la libertad y al derecho.—

Palabras del Recipiendario

Ing. Agr. Vicente C. Brunini

●

Agradezco en primer lugar los generosos conceptos, inspirados en la amistad, que el ingeniero Zemborain ha tenido la bondad de pronunciar al hacer mi presentación para incorporarme a la Academia. Quiero significar también mi reconocimiento por el honor que representa entrar a formar parte de este ilustre Cuerpo y que constituye el más preciado galardón a que puede aspirar quien ha consagrado sus esfuerzos, de productor como de técnico, al mejoramiento de la agricultura nacional.

La labor que me ha correspondido realizar pertenece también a los hombres eminentes que, en etapas y circunstancias diversas, gravitaron decisivamente en mi formación profesional. A ellos debo, pues, rendir mi homenaje de gratitud, recordándoles en esta oportunidad como símbolos de toda una generación de maestros, que desde el paso por las aulas nos ayudaron a descubrir nuestra vocación y a desarrollarla después en el curso de los años, capacitándonos para afrontar las responsabilidades que nos estaban reservadas.

Perduran aún en mi memoria las clases magistrales del profesor Haumann-Merck, botánico y filósofo erudito, que supo revelar al joven estudiante la armonía maravillosa que reina en el mundo de las

plantas, encendiendo su entusiasmo por la investigación biológica. También se perfila en mis recuerdos la figura del académico Emilio Coni, experimentado estudioso con quien tuve la suerte de colaborar estrechamente, aprendiendo a valorar la importancia de la economía en los problemas de la producción, y sin cuyo concurso permanente no es posible la acción eficaz del agrónomo.

Es preciso que mencione, igualmente, los estudios de genética sobre el trigo que tuve ocasión de cursar en Italia al lado del profesor Strampelli, autor de admirables creaciones fitotécnicas, disfrutando una de las primeras becas instituídas en el país, con clara visión del futuro, durante el inolvidable ministerio del doctor Tomás Le Breton, estadista y miembro insigne de la Academia, que el país acaba de perder.

Extraordinario privilegio fué, también, haber podido trabajar por largo tiempo con el profesor Guillermo Backhouse, inglés de origen pero argentino de corazón y por dos veces pionero de nuestro progreso agrícola, como fundador de la genética vegetal primero y de la moderna fruticultura en el valle del Río Negro después, que no obstante habernos dedicado tantos años de su fecunda labor, aún atesora energías para crear más hermosas flores de narcisos, desde su apacible retiro en el condado de Hereford, como si luego de darnos más trigo y mejores frutas, fuera todavía un mandato de su vocación generosa embellecer nuestras vidas.

Finalmente, esta grata recordación sería incompleta si omitiera mencionar a nuestro hombre de campo, como entidad representativa de la legión de esforzados labradores del suelo patrio, que con su inestimable experiencia y su carácter templado en la ruda faena, constituye permanente ejemplo de sabiduría y de conducta.

A esos varones ejemplares y a esas circunstancias tan propicias debo, pues, principalmente el honor de mi ingreso en la Academia, que culmina una actuación en la que he procurado siempre seguir sus valiosas enseñanzas.—

LA CONFERENCIA

EL ING. AGR. JUAN B. MARCHIONATTO

★

Me corresponde evocar a mi antecesor en el sitial que ocuparé en el estrado académico y lo hago complacido recordando la personalidad relevante del ingeniero agrónomo Juan Bautista Marchionatto, cuyas dotes de investigador y de maestro jalonaron el progreso de la fitopatología argentina, que Marchionatto contribuyó a fundar siguiendo las huellas dejadas por precursores magníficos, como Spegazzini y Haumann-Merck.

Investigador por temperamento, realizó estudios que le valieron nombradía universal, desde sus trabajos iniciales sobre la "caries" y el "carbón volador" del trigo, a los que siguieron otros de igual trascendencia económica, como los métodos de lucha contra la "podredumbre del pie" del naranjo y los relacionados con enfermedades del manzano y del olivo, llevados a feliz término desde su pequeño, pero bien dotado laboratorio de Patología Vegetal, en el Ministerio de Agricultura.

En el desempeño de la función pública pronto descubre otras facetas de su capacidad múltiple, poniendo así sus condiciones de organizador al servicio, cada vez más absorbente, de la lucha contra las plagas de la agricultura, que por entonces había que emprender venciendo el empirismo reinante y contando con escasos medios técnicos.

Culmina su actuación de funcionario asumiendo la dirección de la sanidad vegetal del país, que ejerció durante un largo período en

que se alcanzan éxitos tan resonantes como las grandes campañas contra la langosta de esos años, que no le impiden atender, sin embargo, la organización técnica de los servicios de defensa agrícola, objeto de su principal preocupación para separarla de sus aspectos administrativos, que desde sus orígenes habían crecido con una predisposición burocrática, queles restaba eficacia entorpeciendo la investigación y la fiscalización sanitaria.

Para lograrlo emprende con su tesón característico, la instalación de laboratorios e insectarios regionales, destinados al estudio "in situ" de la bioecología de las plagas, así como del Instituto de Investigaciones sobre la Langosta, y, posteriormente, del Instituto de Sanidad Vegetal, sobre la base de su viejo y querido laboratorio, para imprimir desde allí mayor vuelo a las investigaciones en el campo de la micología y de la entomología, con la colaboración del creciente plantel de calificados investigadores, muchos de los cuales se habían ido formando mientras tanto a su lado.

Por esa época encara también la reorganización de los servicios de fiscalización y reconocimiento sanitarios, distribuídos en puertos y zonas de producción de importantes cultivos y especialmente los destinados a la exportación, para preservar la sanidad en las zonas limpias, o asegurar el fiel cumplimiento de los convenios internacionales y velar por el prestigio de los productos argentinos en el exterior.

Su autoridad científica, unida a la experiencia adquirida en la organización de la lucha contra las plagas agrícolas, le permiten actuar en forma descollante en conferencias y reuniones de carácter internacional en las que se conciertan, con su activa participación, importantes acuerdos para orientar la política sanitaria y aunar los esfuerzos de países interesados en los mismos problemas, como el que crea el Comité Interamericano Permanente Antiacridiano, para coordinar la acción contra la langosta en escala continental, y en cuyo seno el ingeniero Marchionatto representó a nuestro país con señalada eficacia desde su fundación.

Alternando con sus responsabilidades oficiales, su vocación de maestro lo impulsa al ejercicio asiduo de la docencia universitaria, desde su cátedra de Fitopatología en la Facultad de Agronomía de La Plata y poco más tarde también en la de Buenos Aires, a las que aplicó con entusiasmo sus virtudes didácticas, para transmitir el caudal de sus conocimientos de especialista, a la legión de discípulos que se sucedieron durante su prolongado magisterio, el que abarcó toda

su vida profesional, desde su egreso de las aulas hasta su fallecimiento, demostrando su pasión por la enseñanza.

Marchionatto pudo decir así con razón, que la mayoría de nuestros ingenieros agrónomos y otros más de países hermanos, habían sido sus alumnos en el continuado desfile de sus 35 años de consagración docente. Además, su laboratorio fué una prolongación de la cátedra, abriendo sus puertas a cuantos quisieron aprender, y en él se formaron fitopatólogos que han contribuído con aportaciones valiosas, al desarrollo avanzado de esa rama de nuestras ciencias agronómicas, como eficientes continuadores de la obra iniciada por el ingeniero Marchionatto.

Trabajador infatigable, nos ha legado el fruto de sus estudios y observaciones en la nutrida bibliografía de que fué autor y que comprende numerosos artículos publicados en revistas científicas, nacionales y extranjeras, así como folletos que recogen el resultado de sus pacientes investigaciones, además del "Manual de las enfermedades de las plantas" y de su difundido "Tratado de Fitopatología", ambos especialmente dedicados a la enseñanza.

En premio a tan larga y meritoria labor, fué objeto de diversas distinciones y la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria lo trajo a su seno en el año 1949. En ella alcanzó a trabajar por corto tiempo, hasta que, en el ocaso de la libertad, la Academia se vió obligada a cerrar sus puertas. El inesperado deceso del ingeniero Marchionatto en 1955 le impidió asociarse al júbilo de su renacimiento y de continuar colaborando desde allí en pro del agro nacional, para dejar en ella también el recuerdo imborrable del estudioso, del luchador y del caballero.—

Algunas Reflexiones Sobre la Situación de Nuestra Agricultura

●

Con esta disertación sólo aspiro a presentar un cuadro de hechos y circunstancias, generalmente conocidos, que afectan por igual al desenvolvimiento de nuestra agricultura y del país mismo, con la esperanza de contribuir a hacer más conciencia del significado que esa situación tiene para todos nosotros, así como de la necesidad de aplicarle remedios inmediatos, que deben esperarse cada vez menos del Estado para depender de la acción de los propios interesados.

La celebración en la fecha del día memorable de la recuperación de nuestras libertades, compromete aún más la resolución con que todos debemos trabajar por un futuro mejor, porque si la libertad es privilegio de los pueblos que saben conquistarla, ella sólo puede beneficiarles en la medida en que son capaces de aprovecharla, con el trabajo fecundo en bien de la Nación.

La producción agropecuaria nacional ha disminuído desde la última guerra, mientras el consumo continuaba en aumento, determinando una fuerte contracción de nuestros saldos exportables y el consiguiente desequilibrio de la balanza de pagos, causa primera de la crisis que aqueja al país en la actualidad.

A ello debe agregarse como corolario que, si no se produjera a corto plazo una firme reacción, capaz de impulsar nuevamente la

producción de granos y carnes sobre todo, nuestras exportaciones estarían amenazadas de extinción, absorbidas por las crecientes necesidades del consumo, motivando la paralización de nuestro desarrollo económico, desde que el país no cuenta, por el momento, con otras actividades en condiciones de reemplazar a la agricultura como fuente de divisas.

Este hecho fundamental, que define por sí sólo la situación en que se encuentra la agricultura argentina, resulta sin embargo doblemente injustificado, por ocurrir en un país excepcionalmente dotado para la producción del suelo y por haberse registrado al mismo tiempo que el resto del mundo evolucionaba en un sentido inverso.

En efecto, mientras la Argentina perdía su tradicional posición como abastecedor mundial de alimentos y materias primas, casi todos los demás países realizaban progresos de tal magnitud como para determinar, en algunos, una considerable acumulación de excedentes agrícolas y, en otros, la satisfacción plena de sus propias necesidades, al punto de convertirlos de importadores en exportadores para ciertos productos.

La trayectoria ascendente seguida por la agricultura nacional durante medio siglo, se vió así interrumpida a partir de la década del cuarenta, para iniciar una caída que no ha podido ser detenida por completo hasta ahora, sumiéndola en una crisis profunda que llegó a afectar la estructura misma de nuestra economía agraria, por haber desarticulado sus medios de producción.

El minucioso estudio sobre el desarrollo económico nacional, publicado por la Comisión Económica para la América Latina de las Naciones Unidas, demuestra la importancia del retroceso que la agricultura argentina experimentó desde la guerra y las razones que lo originaron, proponiendo las medidas que sería necesario adoptar y que podrían constituir la base de una política dinámica, capaz de conducirnos a la anhelada recuperación agropecuaria.

Es evidente que un programa como el propuesto en el referido estudio, deberá ser aplicado indefectiblemente para alcanzarla, con la firmeza y la continuidad que exige la propia gravedad de la situación en que nos hallamos, no obstante la ligera mejora experimentada como resultado de los primeros esfuerzos ya realizados y que en adelante deberán intensificarse, dentro de una política general coherente que permita lograr, en el más corto plazo posible, los objetivos concretos que establezca.

* * *

Un examen somero de la evolución registrada por la agricultura

nacional desde la primera guerra mundial, permite apreciar la amplitud del terreno perdido como consecuencia de esa evolución.

Si se considera, en primer término, el grupo de cultivos de la región pampeana constituídos por los cereales y oleaginosos, que integran principalmente nuestras exportaciones de origen agrícola, se comprueba que la superficie cultivada para el conjunto de los mismos, continuó sin interrupción el crecimiento iniciado ya a fines de siglo, hasta culminar en los años de preguerra con más de 15 millones de hectáreas cosechadas, para descender rápidamente desde entonces hasta sólo 10 millones en el quinquenio 1950-54, con una merma equivalente a una tercera parte.

Esta reducción se acentuó en forma notable para las exportaciones, por el incremento operado simultáneamente en el propio consumo, y de los 12 millones de toneladas que llegábamos a embarcar entonces, hemos descendido en el término de una década a 5 millones, con una contracción mayor que la mitad y con las dramáticas consecuencias para nuestro comercio exterior que todos conocen, agravadas aún por la coincidente baja de precios de los productos agrícolas en el mercado mundial.

El caso del lino y del maíz merecen consideración especial, por ser los cultivos que mejor tipifican el gran desmedro sufrido por la agricultura argentina en los últimos quince años y por el cual el país perdió su predominio indiscutido en el mercado internacional de esos productos. La mayor disminución del maíz y del lino, que junto con el trigo formaron siempre el grueso de nuestras exportaciones de granos, se debió a la contracción drástica de sus áreas de siembra, acompañada, además, por un descenso de los rendimientos.

Con cultivos de maíz que apenas cubren la mitad de las superficies que le estaban destinadas en la década del 30 y con rendimientos unitarios disminuídos también en el 25 por ciento, la Argentina está hoy muy lejos de las generosas cosechas de aquellos años, que a veces excedieron los 10 millones de toneladas, en su mayor parte exportadas, habiendo pasado a ocupar un rango muy secundario en el mercado mundial, con el escaso volumen de maíz que ahora logramos exportar.

Igualmente impresionante ha sido el retroceso experimentado por el lino, porque luego de haber llegado en la preguerra a tres millones de hectáreas de cultivo y hasta a 2 millones de toneladas exportadas en algunos años, hemos visto sus cosechas reducirse a menos de la tercera parte, como resultado de la extraordinaria con-

tracción de las siembras, tanto como por la declinación de sus rendimientos, en proporción sólo comparable a la acusada por el maíz.

Ni siquiera el trigo, no obstante su mayor rusticidad y la preferencia que siempre ha merecido, consiguió sustraerse por completo a esta decadencia que hizo presa de nuestra agricultura en el período que analizamos, porque también en su caso nos parecen hoy lejanos los 8 millones de hectáreas cultivadas con trigo y sus 4 millones de toneladas habitualmente exportadas antes de la guerra, debido a sus menores áreas sembradas, que los mejores rendimientos no logran compensar, aparte de que su consumo ha continuado aumentando sin cesar, para duplicarse en los últimos 20 años.

El incremento que otros cultivos registraron mientras tanto, aunque estimable en cuanto tiende a una mayor diversificación de la agricultura pampeana, ha distado sin embargo de llenar el vacío dejado por los tres principales granos, además de tratarse de cosechas que se destinan principalmente al mercado interno, por lo que no gravitan sensiblemente en las exportaciones.

Con excepción de la avena, que no manifiesta variantes de consideración, las áreas correspondientes a los demás cereales secundarios y oleaginosos, tales como la cebada, el centeno, los sorgos, el arroz, el girasol y el maní, han hecho en general progresos que, lamentablemente, no se han visto acompañados por un aumento paralelo de sus rendimientos unitarios, salvo para la cebada, y, por el contrario, en el caso del girasol han tendido a disminuir progresivamente, al punto de crear, como este año, problemas de abastecimiento interno.

Es verdad que la ganadería creció correlativamente con el abandono de la agricultura, por la complementación de ambas actividades que caracteriza a nuestra región pampeana, pero dado el menor rendimiento económico que generalmente proporciona la explotación ganadera, por lo menos mientras no se intensifique el mejoramiento de las praderas, la sustitución operada ha neutralizado sólo parcialente el quebranto de la agricultura.

Además, como el consumo de carne en el país experimentó asimismo un fuerte aumento, que absorbió con creces su mayor producción obtenida en forma fluctuante, las exportaciones de origen ganadero sufrieron, a su vez, una apreciable reducción, comparadas con el período de preguerra, contribuyendo a la declinación de nuestro comercio exterior, aunque en grado mucho menor a la motivada por los productos agrícolas.

Es cierto también que el panorama mejora ligeramente si se observa la evolución de la agricultura en otras regiones del país, que por ser más nuevas y depender mayormente del riego, no ha tenido las limitaciones que las condiciones naturales imponían a la expansión de la agricultura pampeana, pero también en estos casos la producción se destina sobre todo al consumo y tiene escasa influencia en las exportaciones.

Así, la caña de azúcar, aún siendo el cultivo de más larga tradición en el norte argentino, acusó un considerable aumento mientras la agricultura pampeana declinaba, pero sin estar acompañado por una mejora de los rendimientos en caña y menos en azúcar.

El algodón figura, a su vez, entre los cultivos que señalaron mayor empuje desde su iniciación en la década del 20, para seguir hasta hoy una curva de crecimiento ininterrumpido, aunque tampoco se ha visto fortalecida por mejores rendimientos en los últimos años y, por el contrario, recientes factores adversos amenazan reducir.

La fruticultura, como los viñedos y los olivares, registraron un pronunciado crecimiento, particularmente notable para la manzana que se ha convertido en un importante producto de exportación, ofreciendo un ejemplo de excepción a este respecto dentro del panorama general del país, como lo ha sido, asimismo, la pronta recuperación de la producción de fruta cítrica, merced a la eficaz renovación de sus plantaciones.

Otros cultivos de importancia regional, como el tabaco, la yerba-mate y el tung, no han acusado cambios de significación, aunque es digno de mencionarse como excepción interesante, el rápido incremento alcanzado en los últimos años por el té, que promete convertirse en un meritorio cultivo de exportación a breve plazo.

* * *

El balance de la evolución de nuestra agricultura es inseparable del que corresponde hacer también para el suelo que la sustenta, porque el deterioro sufrido por éste mientras tanto, representa un capital sustraído al patrimonio de la Nación, que será necesario reponer para permitir el restablecimiento de la agricultura.

Es comprensible que una actividad que tuvo que desenvolverse con precariedad de medios y de resultados, haya tendido a hacerse expoliadora, extrayendo los recursos naturales a su disposición sin la posibilidad de restituirlos. De allí que el suelo haya sido la víctima primaria de las dificultades que tuvo que afrontar la agricultura durante tan largo período y que su estado actual deba ser también motivo de seria preocupación.

Con excepción de limitadas áreas dedicadas sobre todo a cultivos intensivos, todas las regiones agrícolas y ganaderas del país, desde el extremo norte hasta la Patagonia, han sufrido en grados diversos los estragos de la erosión, causados por la desforestación o por abuso del cultivo y del pastoreo, o bien la pérdida de su fertilidad por la persistente extracción de sus elementos esenciales, sin reposición alguna ni regeneración por rotaciones adecuadas.

En ciertas zonas, como la Mesopotamia y las regiones áridas, los daños ocasionados ya por la erosión son de tal gravedad, que recuerdan precedentes de la antigüedad, como los ocurridos en la cuencia del Mediterráneo o, más recientemente, en el medio-oeste norteamericano. Y la misma degradación del suelo por pérdida del humus y de su fertilidad, que aunque menos espectacular, es un episodio de la erosión que reviste también indudable gravedad, se encuentra ya tan generalizado a menos de un siglo de cultivo, que con diferente intensidad abarca prácticamente a todo el territorio nacional.

Baste citar como ejemplo que lo demuestra, la transformación operada hace algunos años en zonas de Santa Fe y Córdoba, cuyas chacras debieron evolucionar al tambo por declinación de los rendimientos del trigo, debido al agotamiento del suelo provocado por la repetición de su cultivo, y muchos recordarán todavía los inmensos trigales que cubrían esa vasta región y que fueron paulatinamente reemplazados por los planteles de vacas holando que hoy la pueblan.

Este proceso continúa silencioso a lo largo de todo el país, que año tras año ve reducir así la fertilidad de sus tierras, mientras no se logre detenerlo en forma definitiva, mediante una racional conservación del suelo para su gradual recuperación, como con tanto éxito lo han obtenido ya otros países, en circunstancias aún más difíciles que las nuestras.

* * *

Debemos preguntarnos qué causas pudieron determinar que la Argentina se desviara tanto de su trayectoria de gran productor agrícola, después de haber alcanzado una posición envidiable en el concierto mundial y estar tan extraordinariamente dotada para ello. Es evidente que su decadencia comienza con la última guerra, persistiendo después agravada por la política económica seguida a partir de entonces.

Si se examina la tendencia histórica de nuestros grandes cultivos, se observa que su crecimiento fué muy pronunciado y sostenido desde sus orígenes hasta la crisis del 30, coincidiendo con el largo

período en que nuestra agricultura disfrutó de su más amplia libertad de acción y eran totalmente desconocidas las regulaciones de cualquier naturaleza. En esas condiciones, el cultivo, como la ganadería, pudieron expandirse naturalmente y sin otras limitaciones que las impuestas por la disponibilidad de la tierra y las contingencias del mercado.

En la década del 30, la caída de los precios mundiales obligó al Estado, por primera vez, a intervenir en la compra de las cosechas y a adoptar medidas de amparo a la producción agraria, pero tal intervención se justificaba por su finalidad de proteger al agricultor de una desvalorización catastrófica, que hubiera significado su ruina, posibilitando que nuestra agricultura mantuviera, aun en plena crisis, los altos índices de productividad que había alcanzado.

A esa época pertenece también la legislación de fondo que nos rige, como las leyes de elevadores, granos, carnes y colonización, sancionadas luego de meditado estudio parlamentario, para defender y promover la producción, y que más tarde fueron desvirtuadas por el afán intervencionista, que iniciado con la comercialización, pronto se extendió a todas las actividades vinculadas con el agro.

Para ello dieron oportunidad las medidas de emergencia que nuevamente fué necesario adoptar durante la segunda guerra mundial, a fin de afrontar las dificultades surgidas en su consecuencia para la colocación de las cosechas, pero que no cesaron al finalizar el conflicto, aunque los mares quedaran otra vez libres y los mercados ávidos de nuestras grandes existencias de granos.

El momento era, sin embargo, excepcionalmente favorable para devolver a la actividad privada la libertad suspendida por razones ineludibles, pero se optó por el camino equivocado de perpetuar la ingerencia estatal, cambiando además el sentido de protección en que se había inspirado hasta entonces, por otro de aprovechamiento por el propio Estado, en aras de un pretendido desarrollo industrial, de los frutos que legítimamente pertenecían al productor y que le hubieran permitido resarcirse de largos años de penuria económica, para dar así nuevo impulso a su explotación, detenida por la descapitalización sufrida desde la crisis anterior.

Los bajos precios impuestos sistemáticamente y sin apelación por el Estado, valiéndose de un sistema artificioso de cambios diferenciales, amén de las complicaciones creadas por una creciente burocracia, desalentaron de tal manera a la producción rural, que ésta cayó verticalmente y todavía el país debe sufrir ls consecuencias de

tan grave error, causa de fondo del eclipse que desde entonces ha venido padeciendo el campo argentino.

Pero sobre los errores del pasado resultan inútiles las lamentaciones, que interesan únicamente en cuanto representan una experiecia que no debe repetirse y que, en este caso, debe servir de lección para preservarnos definitivamente de toda intervención estatal injustificada, que lejos de estimular el trabajo nacional, sólo consigue paralizarlo.

El productor rural es esencialmente un hombre libre, dueño celoso de su empresa y de los frutos que obtiene con su esfuerzo, que deben ser respetado so pena de resentir todo el sistema oconómic que sustenta: tal es la filosofía que deberá presidir en adelante la política económica enderezada a promover la producción del agro.

Como la agricultura afronta riesgos mayores que otras actividades humanas, por su subordinación a hechos naturales, con frecuencia incontrolables, ha sido siempre motivo de preocupación otorgarle cierta protección para asegurarle un mínimo de estabilidad: lo difícil es fijar los límites de esa protección, para que no se convierta con sus excesos en factor de perturbación de un sano desarrollo.

Así como en la experiencia universal, han sido vanos los intentos de imponer un seguro contra todo riesgo para garantizar al agricultor el rendimiento de su cosecha, así también ha resultado contraproducente la intromisión oficial en la comercialización para asegurar los precios, demostrando cabalmente que sólo la libertad de producir y de vender conduce a una agricultura próspera.

El Estado sólo debe ser un colaborador vigilante, para defender al productor en el libre juego de las fuerzas económicas, cuando pueda resultar víctima de combinaciones especulativas, como para asesorarlo y adiestrarlo en la aplicación de mejores técnicas, o para facilitarle los medios de producción que no están a su alcance, porque de su éxito depende en gran medida el bienestar nacional.

En cambio, las contingencias naturales de la producción y del mercado son riesgos inherentes a la empresa agraria, que el productor rural afronta con optimismo que es también garantía de su éxito, siempre que no se le trabe con medidas compulsivas que lo esclavizan, ni se lo abrume con impuestos o cargas que lo descapitalizan.

La rectificación de la política económica, puesta en práctica hace ya tres años, con la liberación paulatina del comercio de la pro-

ducción agrícola, completada ahora con la del mercado de cambios para asegurarle precios reales, permitirá acelerar la lenta recuperación emprendida, a medida que el campo se tonifique con la incorporación de nuevos recursos para una mayor productividad. Ello ha traído también el renacimiento de la fe en nuestros hombres de trabajo, que es promesa de un nuevo florecimiento agrícola del país, el que habrá de alcanzarse en plazo no lejano, si la continuidad de la política oficial hace posible que los productores perseveren en su empeño.

* * *

El mercado libre, respaldado con precios de apoyo, como ha sido implantado para los granos a partir de la cosecha 1956/57, en sustitución de su venta obligada al monopolio del Estado, protege ahora al agricultor de la eventualidad de una baja extraordinaria de las cotizaciones, sin privarle del incentivo de las mayores ganancias que pueda obtener en un mercado competitivo, único estímulo duradero de la producción, como lo demuestra el incremento de las siembras de los cereales y oleaginosos que fueran ya liberados y que sin duda se extenderá también al trigo, en virtud de su reciente liberación.

Además, el sistema de precios de paridad seguido para la fijación de los precios de apoyo, proporciona a estos una mayor estabilidad, por relacionarlos con los índices representativos de otras actividades económicas y de los diversos granos entre sí, para evitar el desplazamiento de unos a expensas de otros, como podría resultar de una fijación arbitraria u ocasional, que sólo se justificaría en situaciones excepcionales, cuando la colocación de un producto encuentra dificultades que aconsejan no incrementar su cultivo, o cuando, por el contrario, hay ventajas en formentarlo por ofrecer buenas perspectivas de mercado.

A este respecto cabe preguntarse cual es la política que más conviene seguir para el trigo en estos momentos, en vista de la gran acumulación de excedentes mundiales que dificultan su colocación. Podría pensarse que no resulta ventajoso estimular su siembra, para no agravar aun más su actual posición excedentaria, pero se ha visto que la Argentina lejos de contribuir a crear esta situación, redujo fuertemente sus saldos exportables de anteguerra, que otros países cubrieron con creces aumentando su propia producción, a menudo artificialmente, por lo que debe constituir nuestra legítima aspiración reconquistar los mercados tradicionales que hemos perdido, mientras podamos hacerlo en condiciones que nos favorecen.

Coincidente con este criterio, en recientes reuniones internacio-

nales, la Argentina ha sostenido la tesis de que los países productores deben ajustar sus políticas nacionales de desarrollo agrícola a las condiciones del mercado mundial, evitando medidas proteccionistas que, además de gravar sus propias economías, perturban el comercio normal. En esta forma, es el juego espontáneo de los niveles de precios, cuando no son sometidos a distorsiones, el que debe decidir la difusión de los cultivos en el mundo, de acuerdo con las aptitudes que para producirlos caracterizan a cada país.

* * *

El progreso realizado por la agricultura universal desde la última guerra, ha sido de tal amplitud que representa una verdadera revolución tecnológica, contrastando vivamente con el estancamiento que paralizó su evolución en nuestro país, por el desaliento que prevaleció en el campo argentino durante esos años y la falta de medios para modernizar sus elementos de trabajo, que hubiera exigido inversiones que no estaban al alcance de los productores empobrecidos.

La maquinaria agrícola, que ya había empezado a envejecer durante la guerra por la imposibilidad de reemplazarla, debió continuar prestando un servicio precario más allá de su límite de vida útil, teniendo que vencer, además, las dificultades derivadas de la escasez de repuestos. Estos inconvenientes han podido ser salvados sólo en parte hasta hoy, con la colaboración cada vez más importante de la industria nacional, aunque subsista el problema de su insuficiente calidad en muchos casos, así como el de sus altos precios, que se oponen a la mecanización de las explotaciones más pequeñas y es factor general de elevación de los costos de producción.

Se comprende que, si un tractor debe pagarse dos o tres veces más caro, en términos de producción, de lo que costaba antes de la guerra, o de lo que costaría ahora su libre importación, la mecanización de las faenas rurales se vea demorada y sus peneficios resulten considerablemente disminuídos, y que si se obliga a la agricultura a subvencionar a la industria, para que esta pueda afianzarse con miras a un futuro autoabastecimiento, es inevitable que el tributo que la agricultura debe pagar por ello, resulte en detrimento de su propia expansión, que una buena política de desarrollo económico debe procurar armonizar con equidad, a fin de evitar que el crecimiento forzado de un sector perjudique al de otro, que interesa tanto o más fomentar.

El aumento de las siembras del maíz está condicionado a la posibilidad de que su cosecha pueda hacerse mecánicamente, tanto pa-

ra rebajar su costo, como para obviar la falta de brazos. En verdad la Argentina ha quedado muy atrás a este respecto, porque sólo una menor parte de su cosecha de maíz se hace a máquina, cuando debiera serlo en su totalidad como en otros países, y lo mismo podría decirse del agodón, aunque la solución en este caso aparezca más lejana, por ofrecer mayores dificultades técnicas.

En este mismo orden de ideas, llama la atención también la demora en difundirse que experimenta la cosecha a granel, no obstante el considerable abaratamiento de los costos que permite y el ahorro de divisas que representaría la eliminación total de la bolsa. A 25 años de la sanción de nuestra ley de elevadores, ha sido construída, con fondos aportados por los mismos agricultores una moderna red de elevadores destinada al servicio público, pero esa importante obra no se ha visto coronada, excepto en el sud de Buenos Aires, por la instalación de silos de chacra, que son indispensables para integrar el movimiento a granel de las cosechas. Evidentemente su razón principal ha residido en la falta de recursos con que tropezaron los productores para afrontar su construcción, que hubiera permitido que el cambio de sistema rindiera todos sus beneficios.

Al comentar la declinación de las siembras de los grandes cultivos, se ha señalado también que generalmente se vió acompañada por un descenso de los rendimientos, con la excepción más destacada del trigo que, por el contrario, logró incrementarlos gracias al notable mejoramiento de la semilla, obtenido con la contribución preponderante de los criaderos particulares, que prosiguieron sin interrupción su valiosa labor, pese a las dificultades reinantes.

En general, los rendimientos en la región pampeana han venido sufriendo las consecuencias del progresivo agotamiento del suelo, que si en el trigo pudo ser compensado por el adelanto fitotécnico, para otros cultivos se puso de manifiesto en toda su realidad, por no haberse beneficiado con un mejoramiento similar de la semilla.

En el maíz la generalización del empleo de los nuevos híbridos hubiera permitido contrarrestar ese decaimiento, pero su difusión ha sido relativamente limitida y sus efectos no han podido apreciarse todavía en su verdadera importancia, como ha ocurrido ya en otros países que elevaron notablemente la productividad, gracias a la semilla de los maíces híbridos.

La creciente invasión de las malezas durante esos años adversos, ha minado también la capacidad de producción de nuestros campos, no obstante disponerse de medios de lucha tan eficaces como son los

modernos herbicidas, y cultivos como el lino han sufrido especialmente sus consecuencias, contribuyendo a su abandono. La misma contracción del área de los cultivos carpidos como el maíz, cuyas prácticas culturales tanto favorecen la limpieza de los campos, ha sido sin duda otro factor negativo de importancia en la región de su cultivo, tan prestigiada anteriormente en ese aspecto.

Por su parte, la congelación de los arrendamientos y la imposibilidad de recuperar los campos para alternar con la ganadería, han conspirado contra su buena conservación, porque la posesión fácil e incondicional de la tierra no alienta, precisamente, su mejor explotación y la falta de adecuadas rotaciones, genera la práctica de una monocultura esquilmante.

Para completar el cuadro de circunstancias adversas que entorpecieron el desenvolvimiento de la agricultura, no puede dejar de recordarse las restricciones y exigencias impuestas por un régimen inconsulto del trabajo rural, que obstaculizó y encareció desproporcionadamente la producción, como la cosecha y su transporte, agravando los efectos de una escasez de mano de obra originada en el éxodo rural, que no pudo ser neutralizado por un aumento correlativo de la mecanización.

* * *

Con la renaciente expansión de los cultivos y la ganadería, que los mejores precios del mercado libre hacen ahora posible, deberán removerse también los numerosos obstáculos que han venido oponiéndose a su desarrollo y dar al hombre de campo la seguridad de que el fruto de su trabajo no volverá a verse amenazado, para infundirle esa confianza en un futuro que es factor esencial del progreso.

La gran campaña que será necesario emprender para tecnificar el agro, encontrará una acogida entusiasta en el productor rural, si cuenta con los medios y está espiritualmente predispuesto para adoptar los nuevos métodos de explotación que se difundan, sin cuya aplicación práctica no sería posible alcanzar el magno objetivo de aumentar la producción agropecuaria.

Esa campaña, que por su intensidad y amplitud debiera representar un verdadero esfuerzo nacional, para responder a las apremiantes necesidades del país, deberá aportar soluciones concretas a la vasta gama de problemas acumulados en tantos años de atraso técnico, dentro de un orden de prioridades según su urgencia e importancia, para cada actividad y en cada región.

Así, la recuperación del suelo para elevar su productividad disminuída por el uso abusivo, deberá ser objeto de primordial atención, extendiendo y coordinando los meritorios intentos ya realizados aisladamente. Será imprescindible difundir ampliamente la práctica del cultivo en curvas de nivel, donde la topografía del terreno facilite la erosión hídrica, o el cultivo bajo cubierta evitando el sobrepastoreo, cuando amenace la erosión por el viento, y recurrir al arbolado en la mayor escala posible.

Las rotaciones más convenientes en cada caso, con la participación equilibrada de praderas artificiales, permitirán la regeneración del humus en los suelos agotados, especialmente donde la incorporación de abonos no resulte económicamente posible. También deberá facilitarse el mayor empleo de estos últimos, eliminando recargos de importación que los encarecen injustificadamente, desde que están destinados a restablecer el potencial productivo del país.

Los mata-yuyos representan un valioso auxiliar de la moderna agricultura y su empleo sistemático tiene que llegar a ser una práctica corriente en nuestras chacras, como también en los campos de pastoreo para elevar su receptividad. El equipo de pulverización o espolvoreo debiera figurar en las explotaciones rurales al lado del arado o la sembradora, pues, a esta altura del progreso técnico alcalzado y que brinda medios de lucha tan eficaces, es inconcebible la pasividad de una agricultura que no intenta defenderse de los enemigos que la acechan.

Igual reflexión cabe hacer en cuanto a la lucha contra plagas destructoras, que hoy pueden controlarse con pleno éxito económico por medios químicos, tal como el "pulgón verde" y las "isocas", o bien organizando eficaces campañas colectivas, como para la "tucura" según se ha demostrado en los años recientes, con sólo intervenir el Estado para coordinar la acción individual de los productores afectados, la que se perfecciona cuando es ejercida en forma cooperativa, como para tantas otras actividades de desarrollo concurrente.

La lucha biológica como medio de contención de muchas plagas, asume una importancia creciente en la sanidad moderna, a causa del desequilibrio que suele provocar el empleo masivo de los insecticidas, que desgraciadamente destruyen con frecuencia, no sólo la plaga que hay que combatir, sino también los hiperparásitos que la controlan naturalmente. Ello explica la presencia a veces de nuevos brotes más agresivos, como podría ser el caso del actual recrudecimiento de

la "lagarta rosada" en los algodonales del Chaco, o aún la aparición de otras plagas que no existían anteriormente, como se ha observado en los frutales de Río Negro y particularmente donde la acción sanitaria es más efectiva, porque allí la eliminación simultánea de los aliados naturales es tan completa, que deja a las plantaciones indefensas obligando a pulverizar más, en una especie de círculo vicioso.

A estas comprobaciones debe añadirse todavía el aspecto económico de la lucha, de mucha significación en la actualidad debido al alto costo de los plaguicidas, encarecidos con recargos de importación, indicando en algunos casos la conveniencia de efectuar una revisión de los tratamientos, para ajustarlos a bases más precisas, tanto económicas como biológicas.

La evolución de las poblaciones que integran las especies parásitas, por selección de sus formas más resistentes, y que da por resultado la pérdida de eficacia de muchos productos en el curso del tiempo, obliga también a una constante valorización de sus efectos, para reemplazarlos oportunamente por nuevos remedios de los que, felizmente, la química nos brinda una amplia gama en constante superación.

Entre las enfermedades de origen fungoso, esa evolución por adaptación al medio o al huesped, ha sido causa frecuente de ingratas sorpresas, como los inusitados ataques que la "fitóftora" ha llevado últimamente a los cultivos de papa, o los causados en años recientes por la "peronóspera" en los viñedos de Cuyo y Río Negro, obligando a emprender una defensa que antes no era necesario y que probablemente deberá incluir también una revisión de las variedades cultivadas, en busca de mayor resistencia.

Como en el vasto campo de la inmunología nada es permanente, porque la evolución sin fin de las especies enemigas renueva su poder de ataque, las conquistas logradas en materia de resistencia a las enfermedades, sea en los vegetales como en los animales, deben ser actualizadas de continuo por una investigación vigilante, que se ve ahora enriquecida en sus recursos por mejores métodos científicos.

En nuestro país el trigo constituye, como se ha dicho, un buen ejemplo del mejoramiento obtenido por la investigación fitotécnica, que le permitió alcanzar un alto grado de resistencia a casi todas sus enfermedades y especialmente a las diversas especies de "royas", aumentado así sus rendimientos, tanto como su calidad y su seguridad de cosecha. Sin embargo, los cambios que periódicamente es necesario introducir en la nómina de variedades recomendadas, prue-

ban la limitada permanencia de esos resultados y la necesidad de actualizarlos.

Aunque la selección de la semilla de otros cultivos haya sido objeto también de considerable atención, tanto oficial como privada, con resultados frecuentemente satisfactorios, existe todavía en casi todos ellos un amplio margen para su mejoramiento por esa vía y en algunos casos, como el girasol, hay verdadera urgencia en encontrar variedades resistentes a graves enfermedades que lo atacan y en particular una "roya" específica muy virulenta, que están limitando su productividad.

La rápida difusión que se observa en el cultivo de los sorgos, a la par que permitirá incrementar los recursos forrajeros de extensas zonas menos aptas para otras siembras, ofrece también la posibilidad de sustituir un considerable volumen de maíz en el consumo interno, para acrecentar su exportación aprovechando la mayor demanda exterior. Como nuestro país ha sido hasta ahora tributario de la semilla importada, es previsible que sus ya buenos resultados podrán ser mejorados aún, con nuevas selecciones e híbridos de sorgo obtenidos localmente, con los trabajos de genética que se está llevando a cabo.

El mejoramiento de las especies forrajeras representa en general un campo casi virgen todavía entre nosotros, no obstante sus excelentes perspectivas, como lo indican los grandes adelantos logrados por la selección en otras partes, así como los primeros resultados obtenidos aquí, principalmente con la importación de semillas mejoradas.

Este aspecto de nuestro progreso técnico reviste mucho interés en la actualidad, porque el aumento de la receptividad de los pastoreos con el cultivo de forrajeras de gran rendimiento, agregado a su mayor disponibilidad debida a la sustitución del caballo por el tractor, permitirá incrementar la producción ganadera sin comprimir la agricultura, como había venido ocurriendo hasta ahora.

Aún el notable perfeccionamiento zootécnico alcanzado en el país, por obra del perseverante esfuerzo de nuestro cabañeros, es susceptible de superación, especialmente en las razas de carne, con la introducción de nuevos métodos de cría y por la conveniencia de adaptarlo a las exigencias cambiantes del mercado, además del gran interés que existe en dar un gran impulso a la ganadería del norte argentino, colocándola sobre bases más productivas que las actuales.

* * *

Esta rápida enumeración de algunos de los innumerables proble-

mas que deberá afrontar la agricultura argentina en su proceso de recuperación, pone en evidencia la ineludible necesidad de adoptar una política orgánica de largo aliento, que le permita reanudar con paso firme su camino de progreso, tan largamente interrumpido, y entrar así en una nueva era de prosperidad permanente.

La misma retracción que el Estado deberá imponerse definitivamente, para dar paso a la libre empresa en el terreno económico, le permitirá aplicar mejor sus esfuerzos y sus grandes recursos, para promover decididamente el progreso técnico del agro nacional, en cuanto no se halle al alcance de la iniciativa privada, desarrollando un vasto programa de investigaciones científicas y prestando amplio asesoramiento a los productores, a fin de que los nuevos conocimientos puedan llegar con oportunidad y eficacia a todas partes, para su más pronta y segura aplicación.

Desde hace medio siglo el país cuenta con servicios técnicos oficiales, prestados por el Ministerio de Agricultura, las Universidades y algunas provincias, habiendo sido considerable también la contribución privada en importantes aspectos de las actividades agropecuarias. Algunos de esos servicios realizaron aportes de mucha significación para el progreso agrícola nacional, pero la dispersión y sobre todo la falta de continuidad que caracterizó generalmente a tales esfuerzos, y que culminó en el período reciente en una casi total paralización, han impedido un mayor rendimiento de la labor realizada. Además, ha faltado coordinación entre la investigación y la indispensable difusión de sus conclusiones, las que no pudieron ser así debidamente aprovechadas.

Es recogiendo toda esa experiencia y para corregir las fallas comprobadas, que ha sido organizado recientemente el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria, llamado por sus vastas proyecciones a ejecutar la labor básica que necesita el país para elevar el nivel técnico de su agricultura, coordinándola con la que simultáneamente desarrollen los centros universitarios y otras entidades provinciales y privadas.

La forma como el nuevo Instituto ha sido concebido, partiendo de la idea originaria sugerida por la CEPAL, así como los cuantiosos recursos puestos a su disposición, permiten esperar que podrá responder a los propósitos que inspiraron su creación. Ello dependerá principalmente de la acción que el numeroso personal técnico incorporado por selección, sea capaz de llevar a feliz término, contando con la comprensión y el apoyo de los gobernantes y de los propios

productores interesados, que son sus principales destinatarios y a cuya contribución ha debido recurrirse para asegurar su financiación.

La participación directa de estos en el manejo de la nueva institución, desde su dirección central hasta las mismas estaciones experimentales, representa una innovación fundamental y constituye, sin duda, la mejor garantía de que la obra que concurren a sostener, se orientará debidamente en función de las reales necesidades de la producción, a la vez que su autarquía financiera le asegura la continuidad que demandan los planes de investigación a largo plazo.

Como para resolver los problemas propios de cada región, la experimentación debe ser practicada in situ por las estaciones experimentales correspondientes, en la nueva concepción del INTA estas han pasado a ser el eje de toda su organización, adquiriendo gran preponderancia, con el complemento de institutos de alta investigación para atacar en profundidad los problemas más generales, lo que ha permitido obtener una adecuada descentralización de los servicios, que corrige los inconvenientes observados en viejas estructuras, a la vez que reduce a lo imprescindible el frondoso aparato administrativo, que antes gravitó tan desfavorablemente en los servicios oficiales.

A fin de estrechar la vinculación que debe existir entre la investigación que crea y la divulgación que irradia sus resultados, para que estos puedan trascender a la práctica, los servicios de extensión funcionan bajo la dependencia directa de las respectivas estaciones experimentales, de las que son en realidad una prolongación para asegurar el mayor contacto con el productor, al mismo tiempo que el vehículo para captar directamente los problemas de la agricultura regional, que la investigación debe resolver.

Esta coordinación permitirá intensificar el asesoramiento que exige la rápida adopción de nuevas técnicas destinadas a aumentar y mejorar la producción, poniendo a su alcance el insospechado caudal de conocimientos acumulados en las estaciones experimentales y que había carecido hasta ahora de medios adecuados de difusión, mientras la investigación se intensifica con la incorporación de técnicos y elementos, para respaldar la aplicación de nuevos métodos y para la conquista de mejores creaciones fitotécnicas.

Urgido el país por la necesidad de elevar inmediatamente sus indices de productividad, debe procurar el máximo aprovechamiento de la gran experiencia reunida en el resto del mundo durante los últimos años, pasando sus conclusiones por el tamiz de la experimen-

tación para adaptarlas a las condiciones locales, a la par que emprende sus propias investigaciones originales como contribución al progreso científico universal.

De allí la conveniencia de recurrir también con mayor frecuencia, a la valiosa colaboración de expertos procedentes de otros países y al simultáneo envío al exterior de los más calificados técnicos argentinos, para que puedan recoger directamente aquella experiencia que luego habrán de aplicar aquí.

El extraordinario impulso dado desde la guerra al intercambio científico y técnico por los diversos organismos internacionales y las naciones más evolucionadas de Europa y los Estados Unidos, que fuera tan escasamente utilizado por nuestro país durante su forzado aislamiento, permitirá apresurar la asimilación de los revolucionarios conocimientos adquiridos mundialmente en ese tiempo, como ya hemos empezado a apreciarlo recientemente.

Parte importante de ese intercambio es también el creciente programa de becas nacionales y extranjeras, instituídas para cursar estudios de perfeccionamiento en el exterior y preferentemente dedicadas a los jóvenes profesionales, que tienen así la oportunidad de completar su formación, especializándose en la materia de su vocación, para luego integrar el numeroso equipo de hombres estudiosos y de trabajo que el país necesita para tecnificar su agricultura.

* * *

La dura lección sufrida en el pasado reciente por los errores cometidos, que tanto ensombrecieron el panorama nacional, habrá de ser aprovechada con la voluntad de superación que debe animar a todos los argentinos en la hora actual.

El firme propósito puesto ya en ejecución, para abolir las formas estatistas de la economía y restituir a la producción rural su libertad de empresa, es prenda de un paulatino retorno a la prosperidad, que hará posible edificar una nueva agricultura, con la aplicación de los mejores métodos que ofrece la moderna tecnología agropecuaria.

El país podrá así recuperar su producción y ocupar nuevamente su clásica posición de gran exportador a los mercados mundiales. Con ello nuestro campo volverá a ser el insustituíble sostén de la riqueza nacional y la madre generosa de todas las actividades que concurren a cimentar nuestro poderío económico.—